



Vibraciones de la creación de Mario Calderón

Héctor Carreto*

Calderón, Mario, *Vibraciones de la creación*, University de Texas at El Paso/Eón, México, 2004.

A mediados de los años setenta, Mario Calderón nos deslumbraba con versos como los siguientes (cito de memoria): “Que te salve el tiempo, mujer, que te salve el tiempo por tu cuerpo de escamas imanadas que sólo yo advierto entre la esquizofrenia que llamamos amor, que te salve el tiempo donde oficia la lujuria”. Poesía electrizante, nerviosa, de latigazos veloces y certeros, de un erotismo frenético. El poeta, entonces, se parecía a su poesía, como debe ser: inquieto, nervioso, con una mirada que clasificaba el mundo instantáneamente. Pronosticábamos una poesía desbordante, dionisiaca, delirante, unos versos escritos a galope. Quién iba a pensar que el rumbo que con el tiempo tomaría la poesía de Mario Calderón sería otro, de carácter muy distinto: el de poesía filosófica.

Ya desde esos años, Mario me explicaba su propia lectura de la realidad. Pensé que la plasmaría en sus ensayos. Me equivoqué. Comenzó a escribir relatos y allí empezó a incorporar sus ideas. Después las transfirió a su poesía. Esto no quiere decir que haya pasado de una poética caliente a una fría. Nada de eso. Simplemente ha sabido encontrar el difícil equilibrio entre dos temperaturas: sus tres últimos títulos publicados, y reunidos en *Vibraciones de la creación*, dan fe de ello.

Si es cierto que la poesía de Mario Calderón ha cambiado tanto de tono como de ver el mundo, su arma principal sólo se ha sofisticado: me refiero a la metáfora, a la que utiliza según el plan de ataque. Una de sus formas consentidas es mirar en la mujer el paisaje, o viceversa, como en el poema “Con brisa en la piel”, donde se da la dualidad de una manera muy sugerente, y uno nunca sabe con exactitud dónde empieza el paisaje y dónde termina la mujer. Al mismo tiempo que recorre el cuerpo de la mano de ella, el terreno mismo es un cuerpo de mujer, ¿o es ella, al mismo tiempo?:

Gozaba su cabellera esparcida
Su sembradío de tierno elote.

* Poeta y ensayista, integrante del Sistema Nacional de Creadores del Conaculta

Mujer y naturaleza, fundidas, naturalmente conllevan una fuerte carga de erotismo.

Reproduzco, completo, el poema "¿Qué?":

Algo intangible
pero bello
había en su desnuda espalda.
¿Qué?
¿El secreto del mundo?
acaricié sus pampas
y un calor anunciaba
la Tierra del Fuego¹.

No podemos dejarnos de remitir a aquel poeta que todos ustedes ya conocen, y que escribió "voy por tu cuerpo como por el mundo". Recuerdo también los versos del poeta brasileño Lêdo Ivo, que dicen: "Oh mujer, esponja del hombre,/ ocupas todo el paisaje como un pájaro./ Oh sol desnudo, oh mi yegua de carga,/ paseo por tu cuerpo como un niño en un palacio/ y soy la luz de los espejos que iluminan tu espalda."

Sin embargo, la metáfora en Mario Calderón va más allá de un simple recurso poético para embellecer el texto. Es parte de su método. En el prólogo de este mismo libro escribo que para este poeta "Dios es un artista y su creación, el universo, es su obra de arte." Queda al lector descubrirlo en cada texto. Por eso mismo, aunque la lectura de su obra es accesible, no lo es tanto su interpretación.

Calderón es un poeta conceptista, pero también tiene su veta culterana: incorpora al lenguaje poético mexicano moderno palabras de objetos como pitahaya, carrizal, pochote, Capulines, zapotes, ramas de jaras, fulgor de lantanas, acebuches, tepames y lantriscos, términos que no sólo desconocemos la inmersa mayoría de los nativos de la gran urbe, sino también el programa de ortografía de mi computadora. Y no sólo son estas aportaciones al lenguaje las que lo convierten en un poeta único, original, sino también, como ya lo vimos líneas arriba, sus aportaciones filosóficas al mundo de la poesía.

¹ *Vibraciones de la creación*, University of Texas at El Paso/Eón, México, 2004, pp.182.